

La dimensión contemplativa

Santiago Sánchez Torrado

El entorno en que vivimos no es precisamente favorable a la plegaria, a la contemplación: una sociedad profundamente secularizada, llena de apremiantes demandas, pragmática y utilitarista, opaca y resistente a los valores de la gratuidad y de la belleza —entre otros— que son tan afines a la búsqueda contemplativa, un mundo competitivo, alienante... No voy a detenerme a formular un diagnóstico elaborado de esta sociedad, sino únicamente señalar las dificultades más importantes que presenta, a mi juicio, para que pueda arraigar en ella una actitud contemplativa. Y, también, indicar las pistas y cauces que ofrece para desarrollar esta "tarea", así como las llamadas o "signos" —ocultos muchas veces— que encierra en dicha dirección.

Me parece que es obviamente constatable la espesa densidad de nuestro mundo respecto al hecho

religioso, que dificulta cualquier intento de transparencia contemplativa. O —lo que viene a ser lo mismo— el silencio ambiental sobre Dios. Como tantas veces se ha dicho, nos encontramos "sin noticias de Él" o con referencias más bien negativas de su presencia misteriosa. La existencia del dolor —sobre todo del dolor injusto, del sufrimiento de los inocentes— ha constituido siempre un escollo medular para la fe en Dios, una pantalla opaca que nos impide "verlo". Aunque se aplique aquí la reflexión teológica más adecuada —Dios que respeta la libertad humana y que la anularía con su intervención— resulta difícil descubrir la mano providente y bienhechora de Dios en tantos sucesos cotidianos marcados por la desgracia o la tragedia.

"La vida es una herida incurable", ha dicho alguien con mucho acierto. La vida en sí misma, con

Santiago Sánchez Torrado (Madrid.) es escritor y pedagogo.

su tensión a veces asfixiante, constituye una dificultad y un desafío para la búsqueda de Dios en ella, para ese anhelo por encontrar su rostro que constituye el núcleo de la experiencia contemplativa. A ello se añade el perfil cultural de nuestra sociedad, que no favorece precisamente la dimensión de profundidad y de gratuidad que son el caldo de cultivo, el territorio apropiado para esa misma experiencia.

En ese arduo contexto es donde hay que situar la necesidad de la oración personal y comunitaria. El acceso a Dios es posible y factible en esa radical ambivalencia de los hechos humanos (abiertos al dolor y a la esperanza, susceptibles de tedio y de creatividad, enraizados en el egoísmo e impregnados de comunicación solidaria) y se hace aún más patente en las experiencias de carácter "límite" de signo positivo o negativo (el sentimiento de plenitud o de postración y vacío, el deseo hondo de vivir o la aceptación lúcida de la muerte...). Aunque todo ello requiere un trabajo previo de sensibilización y de formación, de "educación religiosa" en el sentido más amplio e integral de la palabra.

La naturaleza y la experiencia estética son también campos privilegiados de la experiencia de Dios, de su presencia en nuestra vida. El mar en calma, el campo quieto y

palpitante, el poderío de la montaña, la fascinación de un valle profundo, la noche estrellada... son señales, referencias que nos acercan a Dios.

Todo el amplio territorio del compromiso y de la lucha por una sociedad más justa puede ser también un espacio que motive y enriquezca la búsqueda religiosa y contemplativa. La sensibilidad profunda hacia las diversas situaciones humanas, la empatía de nuestra condición doliente y caminante es una especie de terreno intermedio que puede introducirnos en el mundo de la oración. Es el latido de nuestro corazón que se acompaña al ritmo del mundo..

Además de los espacios de oración más o menos explícitos, nos espera una larga tarea mediante un paciente proceso de interiorización, gracias a la búsqueda incansable del sosiego exterior e interior y de las condiciones que lo hacen posible.

He de reconocer que de las distintas formas de oración la de petición o intercesión es la que más me cuesta entender. Acepto sin especial dificultad e intento practicar la petición de perdón, la plegaria de alabanza y de acción de gracias, la simple contemplación. Pero, ¿cómo encajar en una consistente racionalidad humana la ora-

ción de súplica o de petición por las cosas concretas, sean individuales o colectivas? No hablo, por supuesto, de cuestiones genéricas —la súplica de esperanza, de paciencia, de energía o de gozo— sino de los asuntos cotidianos: aprobar una oposición, superar una enfermedad, resolver un conflicto, etc. Creo que en esto existen también grados diversos de densidad humana (no es lo mismo, ciertamente, aprobar un examen que alcanzar una negociación que pone fin a una guerra), pero aún en el caso de los niveles más elevados, parece problemática la presencia y funcionalidad de la oración de petición, más allá de una dinámica excesivamente mecanicista o automática.

Pienso que dicha forma de oración sólo puede entenderse dentro de la perspectiva del misterio, superando nuestros estrechos límites racionales (aunque muy respetables y profundamente humanos). Nos situamos ante Dios, le expresamos una súplica o una queja que brota de nuestro corazón, le hacemos partícipe de algo que nos preocupa y confiamos en que decida y actúe sobre ello según su sabia voluntad y respetando nuestra libertad humana. Todo ello, por supuesto, al margen de cualquier resultado o eficacia visibles.

No creo que quepa otra alternativa. Un matiz del lenguaje puede

iluminarnos en este punto. Mediante la oración de súplica le pedimos a Dios que nos ayude *en* todo sufrimiento, no que nos libere *de* todo sufrimiento. Aún así cuesta entender dónde está esa ayuda divina en situaciones extremas como las hambrunas, la guerra, los atentados terroristas, etc. Sólo una actitud de búsqueda iluminada y sostenida por la fe puede resistir la grave y persistente objeción que presenta cada día la realidad y dar un cierto sentido a esta oración de petición.

¿Qué sentido tiene para un laico creyente arraigado en la vida y en la sociedad moderna la búsqueda contemplativa?

El núcleo de la experiencia mística consiste en buscar el rostro y la presencia misteriosa de Dios más allá del discurso racional, de la elaboración puramente conceptual o de la posible gratificación de los sentidos. Buscar el rostro de Dios y desear, sobre todo, vivir en sus manos. La búsqueda contemplativa estimula para el ejercicio de la receptividad y de la escucha, que son valores y actitudes muy abandonadas entre nosotros, rastreando esas "palabras sustanciales" que tan bien definía san Juan de la Cruz. Difícil resulta distinguir ese lenguaje en medio de la verborrea

y el ruido habituales que nos envuelven, pero hemos de intentarlo. Como ha dicho Biser, "el cambio de ver a ser visto, de llamar a ser llamado, de buscar a ser buscado, ha de considerarse como el latido del acto místico, del acto creyente que culmina en él".

La experiencia contemplativa es un fenómeno de gran complejidad, en su doble perspectiva religiosa y humana, que, en definitiva, convergen. Existe una profunda confluencia entre la actitud de profundización en nosotros mismos y la de contemplación del mundo como escenario de las huellas de Dios, lo que precisamente libera a la búsqueda contemplativa de su posible riesgo de solipsismo o de ensimismamiento narcisista. Una mirada de empatía y de benevolencia hacia uno mismo y hacia las cosas constituye el mejor caldo de cultivo, el "previo" indispensable para la experiencia de la contemplación.

Tal actitud previa, insistentemente ejercitada, configura un inapreciable talante de sosiego y de "sabiduría", un modo de estar que no se cierra en sí mismo sino que se orienta en la dirección de una "mística de la realidad", de la profanidad y de los "ojos abiertos", como se ha formulado acertadamente. La solicitud hacia el prójimo, hacia las necesidades y

demandas colectivas de nuestro entorno humano y social, se inserta plenamente en este horizonte. Es —como ya he dicho antes— intentar acompañar con la luz de Dios el pulso de nuestro corazón al ritmo de los sucesos del mundo en su dimensión más honda y cualitativa, más determinante. No situar la búsqueda de la contemplación de espaldas a la vida, sino en el corazón de ella, pero de la vida en toda su riqueza. Como ha dicho Anaïs Nin —autora profundamente vitalista y nada sospechosa de "misticismo"—, "las verdaderas maravillas de la vida permanecen en las profundidades".

Siempre me ha impresionado el sentimiento de esterilidad que con frecuencia acompaña a la experiencia mística y que permanece en el horizonte de nuestras limitadas tentativas de contemplación. La máxima expresión de esa sensación de fracaso está en la cruz de Cristo, donde él sintió la terrible punzada del abandono de Dios Padre. También nosotros, en nuestra pequeña medida, experimentamos desolación, aridez o desabrimiento en la búsqueda de la oración. Es algo que suele ocurrir a rachas, pero con una relativa persistencia, sin que lleguemos a saber qué indica eso exactamente, qué significa o expresa respecto a la relación con Dios.

Lo cierto es que hemos de intentar recuperar constantemente las raíces de la experiencia contemplativa, ponernos cada día en camino hacia esa realidad "cierta y oscura" —cuyo símbolo más frecuente es la noche o la "tiniebla luminosa"—, esa acción "secreta, pacífica y amorosa" de Dios en nosotros. Como san Juan de la Cruz, "aunque es de noche" hay

que caminar apoyados en la confianza de que Dios nos sostiene.

Pienso, en suma, que la oración contemplativa encierra cierta dificultad, pero se nos ofrece como un don y una tarea que dinamiza y enriquece, porque es una dimensión que, expresada en actos y momentos concretos de la vida, también la abarca e impregna por entero.